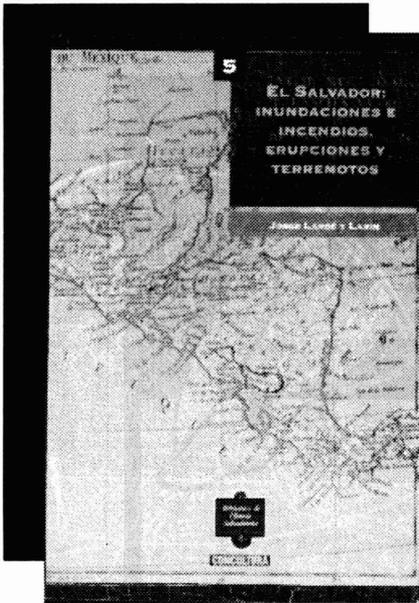


# Novedades bibliográficas

## Librería de la UCA

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

Lardé y Larín, J., *El Salvador: inundaciones e incendios, erupciones y terremotos*. San Salvador, CONCULTURA, 2000, 397 p.



El Salvador es un país de inundaciones, incendios, erupciones y terremotos: esa parece ser la idea que da unidad al conjunto de artículos —publicados en su gran mayoría en *El Diario de Hoy* entre 1977 y 1978— por Jorge Lardé y Larín. Como se dice en la “Introducción” a la prime-

ra edición de la obra (1978), “en su conjunto son artículos breves, pero de contenido; escritos en estilo llano y sin el auxilio ni abuso de tecnicismos; asequibles a su comprensión y asimilación de todo lector, cualquiera que sea el índice de su cultura; organizados metódicamente y respaldados por una copiosa documentación histórica, los cuales ofrecen una *vue d’ensemble*, como dicen los franceses, respecto a innumerables calamidades públicas —sobre todo diluvios, incendios, paroxismos eruptivos y macrosismos destructores—, que ha experimentado el laborioso pueblo salvadoreño en el transcurso del trágico, versátil y agitado drama de su historia” (p. 15).

Esta breve reseña no puede dar cuenta de la abundancia de detalles e información contenidas en los ochenta artículos recogidos en *El Salvador: inundaciones e incendios, erupciones y terremotos*. Sin embargo, no puede dejar de mencionarse textos como el dedicado a la hipotética ciudad llamada “Güijar”, desaparecida —según la leyenda— anegada por las aguas que formaron el lago de Güija. “En mayo de 1773” —cuenta Lardé y Larín— “hubo fuertes sacudimientos telúricos y es muy probable, porque

los terremotos de esa época afectaron sensiblemente a todos los pueblos circungüijenses, que a raíz de uno de ellos se hayan desplomado las paredes de adobe y la portada de calicanto y ladrillo de la ermita o iglesia de Güijjar, consagrada a nuestra señora de Belén. Aun cuando estos temblores de tierra se sintieron ostensiblemente en Sonsonate y Santa Ana no destruyeron las iglesias coloniales: en la primera ciudad aún existe la Iglesia de Santo Domingo, y la Iglesia Parroquial de la segunda fue demolida exprofesamente en 1909 para iniciar la construcción de la actual, erigida Catedral en 1913” (p. 33).

En otro de sus escritos, el autor habla del volcán de Santa Ana, del cual dice que “durante un siglo más o menos, tal vez desde ‘antes’ de 1524, tal vez hasta ‘después’ de 1625, el volcán de Santa Ana estuvo vomitando por su cráter central hermosas columnas de humo negro y espeso, con fuerte olor a azufre, e inclusive materias fragmentarias que cubrieron las tierras circunvecinas al centro de emisión y causaron no poco daño en las ricas huertas de cacao de lo izalcos” (p. 45). En esta misma línea, no podían faltar comentarios dedicados al volcán de Izalco, el famoso

“faro del pacífico”, sobre lo cual señala Lardé y Larín que “es totalmente falso que este célebre volcán haya aparecido súbitamente, en la hacienda Los Cucufates, el 23 de febrero de 1770 como se creía antiguamente. Sobre esta cuestión ha hecho meridiania luz histórica, primero el Br. Juan Francisco Santillana, luego los ingenieros Ricardo Arbizú y Santiago Ignacio Barberena, y finalmente con el mayor acopio de documentos los profesores Jorge Lardé y Jorge Lardé y Larín” (p. 49).

Y así por el estilo son los relatos que tejen este libro publicado por primera vez en 1978 por la Academia Salvadoreña de Historia y reeditado nuevamente en el año 2000 por CONCULTURA en su colección “Biblioteca de Historia Salvadoreña”. Más allá de la validez de los datos y conjeturas de Jorge Lardé y Larín, el presente libro es el testimonio de un intelectual preocupado por los problemas socio-naturales de su país. Al leerlo, se cae en la cuenta de que los temas que le ocuparon —y le preocuparon— siguen siendo, después de todo, los temas que ocupan y preocupan —o deberían de ocupar y preocupar— a los intelectuales de ahora.